

ESPECIAL JÓVENES

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA DEL CIELO

Nº 23, AÑO VII, 18 de marzo, 2018

EL CAMINO DE LA FE (1)

Desde el momento en que nuestra vista está atrofiada para lo invisible, lo santo y lo divino, se nos impone a los hombres y mujeres de la actualidad el deber ineludible de ordenar y preparar previamente nuestra mentalidad antes de tratar de la realidad de Cristo.



En consecuencia, vamos a preguntarnos: ¿Qué condiciones subjetivas ha menester el hombre contemporáneo para escuchar el mensaje de Cristo? ¿Qué actitud básica de espíritu requiere previamente la fe viva en Cristo? Lo que caracteriza a lo divino es ciertamente su exigencia de ABSOLUTO, haciéndonos sentir, a los que lo buscamos, los límites de nuestra impotencia como criaturas. Desde el momento que se busca y estudia lo divino, aunque sólo sea como mera posibilidad, se convierte en una cuestión de salvación y, por lo mismo, esencialmente práctica.

La simple posibilidad del hombre de tratar con Dios le impone a éste la obligación de prestar atención para conocer si Dios ha hablado y habla realmente; pues, en tal caso, no lo hace alguien que pueda o quiera dejarme indiferente, sino el Señor, mi Señor, en el cual, si existe, radico hasta lo más íntimo de mi ser. La sola posibilidad de que Dios se haya manifestado en la naturaleza humana, hasta la Encarnación de su propio Hijo, implica para el hombre algo tan conmovedor, escalofriante y maravilloso que, so pena de pecar contra la misma esencia de su ser, éste no puede dejar de lado asunto tan trascendente, encogiéndose de hombros.

El problema de la Encarnación no es, pues, de antemano para nosotros del mismo orden, por ejemplo, que el de la constitución de las hormigas o la vida de los insectos. Como concierne a la salvación y a la conciencia, la búsqueda auténtica, la seriedad moral, el respeto y la sinceridad tienen aquí una exigencia moral y religiosa.

Desde el punto de vista de la seriedad y respeto que tan sublime tema debe imponer a una conciencia recta como deber sagrado, hay que indicar con verdadera pena que los estudios de ciertas escuelas teológicas

y filosóficas sobre la vida de Jesucristo muestran la espantosa ligereza con que se trató lo que hay de más santo en el mundo.

No es sólo una falta contra la verdad y la realidad histórica, sino también una frivolidad blasfema, el hecho de tratar superficialmente el problema con hipótesis impremeditadas o cuando, por mera vanidad literaria, se exponen teorías radicales y revolucionarias, violentándose sarcásticamente y mutilando a capricho los textos primitivos con procedimientos contrarios a toda crítica sana y razonable; por lo que es un hecho que esas teorías levantadas con excesiva audacia, falta de rigor y seriedad, todas, sin excepción, están hoy desacreditadas.

Quien es ciego para los valores de la esencia de lo religioso y de lo santo, es incapaz, de antemano, de apreciar en todo su valor las fuentes religiosas y en particular los Evangelios. Y quien, a causa de esa ceguera respecto a lo santo, no toma en serio desde un principio la pretensión del Evangelio, palabra divina, de ser el mensaje del Hijo de Dios hecho hombre, y se acerca al Jesús de los Evangelios como quien examina la causa de un acusado sospechoso, ese tal, se cierra a priori a toda posibilidad de comprender el misterio de Dios.

La única actitud razonable para el hombre, para la criatura, para el pecador, desde el instante en que aparece, aun desde lejos, la simple posibilidad de lo divino, es la de una búsqueda humilde y respetuosa, inspirada por nuestra necesidad existencial de salvación y felicidad, conscientes de nuestra insuficiencia y fragilidad.

La conciencia conmovida e inquieta es el lugar apropiado, el campo fértil donde echa sus raíces el Evangelio de Cristo y produce sus flores y frutos. Es también el único que promete éxito verdadero a la lectura y análisis del Evangelio. El que no ora y no clama desde lo más hondo de su corazón: **¡Señor, enséñame a orar! ¡Señor, ayuda a mi incredulidad!** no debería poner sus manos en el Evangelio.

La segunda condición requerida por el carácter especial de esta cuestión de Cristo, cuestión de vida eterna y de conciencia, es una actitud franca y leal, sin prevenciones ni prejuicios frente a todo lo que implica la posibilidad de lo divino. Verdaderamente libre de prevenciones está sólo aquel que se encuentra dispuesto a admitir sin vacilar todas las manifestaciones sobrenaturales que acompañen la aparición de Cristo, desde el momento en que estén suficientemente probadas a su ciencia y a su conciencia, por más que contradigan la mentalidad mecánica y determinista corriente. *(Sigue la semana que viene)*

Texto sintetizado, tomado del libro: JESUCRISTO de KARL ADAM, teólogo alemán, doctor por la Universidad de Múnich en Filosofía y en Teología.